

DE GRÚAS Y PEDESTALES

Reconozco la manía de hacer referencia a esos países del Norte, siempre que analizo, críticamente —"hélas"— alguna situación que se da en mi entorno. "Los daneses se lo montan de otra forma", o "los suecos no funcionan de esta manera" me sale decir, no sé con qué razón, cuando me encuentro ante un disparate nacional. Por eso me he echado fama de afrancesado, porque todo extranjerismo —afición desmedida a lo extranjero— se asimila aquí, desde el dos de Mayo aquél, a un comportamiento agabachado.

Mi defensa ante la etiqueta suele ser la típica, la inevitable referencia a Goya, aragonés recio, pintor racial y tildado también de afrancesado, pero en mi fuero interno reconozco el "tic", aunque nunca he sabido la razón oculta de mi comportamiento. Comportamiento que, se ha agravado por cierto, en los últimos años, desde que el complejo de inferioridad nacional ante la supuesta superioridad del europeo, ha evolucionado hasta convertirse exactamente en lo contrario, pues, me parece a mí, que vamos camino de convertir nuestros defectos y torpezas seculares, que no hace mucho nos avergonzaban de manera más o menos general ya digo, en signos de genialidad, que nos distinguen de esa gente que ha sustituido la falta de imaginación por mucho orden, la espontánea y alegre atención del entorno natural, de la santa familia sobre todo, por mucha acción institucional organizada y todas esas cosas.

Hace unos días, cuando la grúa municipal se llevó de una calle de Donostia el coche de una compañera de trabajo parapléjica, perfectamente identificable, el coche, por la adaptación de sus mandos, y per-

fectamente identificado por las viñetas correspondientes, pensé que en Suecia no pasaría eso.

Nos fuimos mi compañera y yo al depósito municipal de vehículos retirados de la vía pública por mal estacionamiento —si así se llama el lugar, puesto que, ningún letreiro lo identifica, con el consiguiente trastorno para quien trata de localizarlo— con el ánimo de recuperar, mediante el consiguiente pago lo que para ella, sí constituye un imprescindible medio de desplazamiento.

Estaban los municipales tras el cristal de una garita y la garita encima de una peana, plataforma o pedestal de imposible acceso para mi compañera. Estuvieron a sus cosas durante un tiempo que, quizá fue breve, pero se me hizo largo, hasta que uno de ellos me interrogó apuntándome con la barbilla. Yo hice lo propio y levanté también la mía hacia mi amiga. Al fin y al cabo era asunto suyo, y se sabe explicar muy bien, siempre que le den la posibilidad de hacerlo.

Finalmente, uno de los municipales accedió a salir de la garita y se inclinó sobre mi compañera. "Ah, su coche" dijo, ni compungido ni divertido, con un profesional tono neutro, "¿y tenía el distintivo?" preguntó luego, "el muchacho de la grúa no se habrá dado cuenta", "si quiere hacer un recurso, pero primero tendrá que pagar, claro". Y el "claro" sonó diáfano, incontestable.

Mi compañera dijo que sí, que pagaría y preguntó con amabilidad que dónde estaba el coche. "Bueno, hay un pequeño problema". El municipal centró toda su aten-

ción en un impreso de colores que barajaba en las manos. "El muchacho le ha arrancado una aleta" y tras un leve lapso empleado en captar nuestra sorpresa, "no le costará nada" añadió, "el seguro de la grúa le pagará el arreglo".

Me reafirmé en mi convicción de que los superiores estándares de atención de las personas con minusvalía en Suecia, no se deben exclusivamente a una cuestión de coronas, de coronas suecas. Abandoné el local dejando a mi compañera en su silla camino de su automóvil desaletado. A la salida, me encontré con un amigo a quien le di los pormenores del percance con tintes agrios. Terminé con la redonda expresión de siempre "en Suecia no pasa esto".

El amigo meneó la cabeza para expresar sus dudas. Temí que me dijese también que soy un afrancesado. Pero no lo hizo. Dijo simplemente, "no te creas" o, "vete tú a saber" un tanto escéptico. Mi amigo no ha estado nunca en Suecia y yo tampoco. No es cuestión de perder las últimas ilusiones. Porque ésa es la cuestión. Finalmente he sabido a qué obedece mi afrancesamiento: ni más ni menos que al deseo de creer que por ahí, no sé dónde, si en París o en Copenhague, no pasa lo que aquí pasa o pasa de otra forma. Es, en definitiva, lo que me permite albergar la esperanza de que, también aquí, algún día cambiarán las cosas.

R.S.